



ARMAS Y LETRAS
ENTRE CERVANTES Y AVELLANEDA:
EL CASO DE GARCILASO DE LA VEGA
Y EL MORO TARFE

Clea GERBER

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

cgerber@campus.ungs.edu.ar

Recibido: 24 de febrero de 2024

Aceptado: 25 de marzo de 2024

<https://doi.org/10.14603/11F2024>

RESUMEN:

El presente artículo estudia el tópico de las armas y las letras en el *Quijote* de Avellaneda centrándose no en la proporción de armas y letras que hay en la obra, sino en qué armas y qué letras propone el autor del apócrifo. Concretamente, examinamos cómo Avellaneda presenta a Garcilaso de la Vega el de la Guerra de Granada, una figura que permite sopesar las preferencias literarias del continuador y sus consecuencias ideológicas. Para hacerlo, repasamos primero las diversas apariciones del tópico armas y letras en el *Quijote* de 1614, destacando la abundante presencia del romancero. A continuación, examinamos las referencias de la crítica al romancero en Avellaneda, resaltando que falta un texto que Avellaneda debió de conocer y que atañe a Garcilaso de la Vega, «Cercada está Santa Fe». Este poema completa el panorama de romances del *Quijote* apócrifo, que incluye textos de claro interés en la historia patria, e incluso patriótica, como se evidencia en el peso que otorga a los romances del ciclo de Bernardo del Carpio y de la Guerra de Granada. De este modo, contrastamos las preferencias respectivas de Cervantes y Avellaneda, mostrando lo que implica que el autor del *Quijote* apócrifo no mencione jamás al poeta Garcilaso de la Vega, pero recurra en su lugar a una constelación de romances en la que destaca «Cercada está Santa Fe», sobre Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe.

PALABRAS CLAVE:

Fernández de Avellaneda, Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, romancero, armas y letras.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 11 (2024) / ISSN: 2297-2692

unhe

UNIVERSITÉ DE
NEUCHÂTEL

Institut de langues et
littératures hispaniques

ARMS AND LETTERS
BETWEEN CERVANTES AND AVELLANEDA:
THE CASE OF GARCILASO DE LA VEGA
AND TARFE THE MOOR

ABSTRACT:

article studies the topic of arms and letters in Avellaneda's *Quijote*, focusing not on the proportion of arms and letters in the work, but on which arms and letters the author of the apocryphon proposes. Specifically, we examine how Avellaneda presents Garcilaso de la Vega el de la Guerra de Granada, a figure that allows us to weigh the literary preferences of the continuator and their ideological consequences. To do so, we first review the various implicit and explicit appearances of the topic of arms and letters in the *Quijote* of 1614, highlighting the abundant presence of the latter, particularly represented by the *romancero*. Next, we examine the critical references to the *romancero* in Avellaneda, highlighting that these analyses lack a text that Avellaneda must have known and that concerns one of the protagonists of this work: the *romance* of Garcilaso de la Vega and the Moor Tarfe, «Cercada está Santa Fe». This poem completes the panorama of romances in the apocryphal *Quijote*, which includes a series of texts of clear interest in patriotic and even patriotic history, as evidenced by the weight that the book gives to the *romances* of the cycle of Bernardo del Carpio and the War of Granada, some of which we use to analyze the text in some detail. In this way, we contrast the respective preferences of Cervantes and Avellaneda, showing what it means that the author of the apocryphal *Quijote* never mentions the poet Garcilaso.

KEYWORDS:

Fernández de Avellaneda, Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, *Romancero*, Arms and Letters.



La crítica cervantina ha prestado una atención particular al tópico de las armas y las letras, esto es, a la cuestión del equilibrio entre fortaleza militar y habilidad literaria, extremos que el perfecto caballero debía combinar. El tópico tiene sus raíces en el *fortitudo et sapientia* de la Antigüedad, pero se convierte en una preocupación esencial en el Renacimiento, y especialmente en el Siglo de Oro español (Curtius, 1990: 178). Los estudiosos subrayan cómo el ideal se encarna en los diversos escritores soldado del momento (Garcilaso de la Vega, el capitán Aldana, Alonso de Ercilla, el propio Cervantes), así como en sus creaciones. En el caso del *Quijote*, ha corrido profusa tinta sobre el tema, pues la obra invita particularmente a este tipo de análisis: el libro remite al universo de la aventura caballeresca y es a la vez una obra donde la poesía y las referencias y discusiones metaliterarias se hallan por doquier; el protagonista ha decidido volverse caballero andante tras abandonar el proyecto inicial de escribir continuaciones de sus amados libros (I, 1, págs. 39-40) y pronuncia además un elaborado discurso explícitamente dedicado al tema de las armas y las letras (I, 37-38, págs. 442-449). Asimismo, se ha señalado desde distintas perspectivas cómo este tópico adquiere en la obra cervantina un sentido metapoético. Según Pedro Ruiz Pérez, el alcalaíno orienta el binomio armas-letras hacia una reflexión sobre otro par de elementos, naturaleza y artificio, en los que se centra el debate estético del momento: «El campo metafórico de las armas y su conjunción con las letras en manos de Cervantes se torna un espacio privilegiado para esta reflexión, en un desplazamiento desde una temática de alcance general a una específica aplicación a la poética» (Ruiz Pérez, 2018: 18). Sin duda consciente de la importancia que el tópico tenía en el *Quijote* cervantino, Avellaneda lo recoge en su Segunda parte, que presenta reflexiones explícitas sobre las armas y las letras. Pese a ello, hasta donde sabemos, la crítica no se ha ocupado específicamente del tema.

El presente artículo estudia el tópico de las armas y las letras en el *Quijote* de Avellaneda centrándose no en la proporción de armas y letras que hay en la obra, sino en qué armas y qué letras propone el autor del apócrifo¹. Concretamente, nos centraremos en examinar cómo Avellaneda presenta a Garcilaso de la Vega el de la Guerra de Granada, una figura que permite sopesar las preferencias literarias del continuador y sus consecuencias ideológicas. Para hacerlo, repasaremos primero las diversas apariciones implícitas y explícitas del tópico armas y letras en el *Quijote*

¹ Propiamente, el libro de Avellaneda no es apócrifo, sino alógrafo (Genette, 1989), pero mantenemos la designación habitual.

de 1614, destacando la abundante del romancero. A continuación, examinaremos las referencias de la crítica al romancero en Avellaneda, resaltando que en estos análisis falta un texto que el continuador debió de conocer y que atañe a uno de los protagonistas de este trabajo: «Cercada está Santa Fe», sobre el desafío de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe. Este poema completa el panorama de romances del *Quijote* apócrifo, que incluye textos de claro interés en la historia patria, e incluso patriótica, como se evidencia en el peso que otorga a los romances del ciclo de Bernardo del Carpio y de la Guerra de Granada, algunos de los cuales nos servirán para analizar el texto con cierto detalle. Finalmente, contrastaremos las preferencias respectivas de Cervantes y Avellaneda, mostrando lo que implica que el autor del *Quijote* apócrifo no mencione jamás al poeta Garcilaso de la Vega, pero recurra en su lugar a una constelación de romances sobre el otro Garcilaso.

ARMAS Y LETRAS EN AVELLANEDA

Como hemos avanzado, el *Quijote* de Avellaneda recurre en diversas ocasiones al tópico de las armas y las letras, recogiendo una preocupación muy presente en el texto cervantino. Los dos mundos aparecen representados no solo por don Quijote (un hidalgo que se ha vuelto loco leyendo libros de caballerías y que decide seguir el ejemplo de los caballeros andantes), sino por personajes como el soldado y el ermitaño que encontramos en el capítulo 14 del libro. Es más, el primero enuncia explícitamente el tópico con añadidos significativos al explicar que su familia ha honrado a Ávila «en letras, virtud, nobleza y armas» (pág. 153), esquema que casi repite don Quijote más adelante cuando señala que la «honra y fama» «por una de tres cosas» se puede alcanzar en el mundo:

o por la sangre, o por las armas, o por las letras, incluyendo en sí cada una de ellas la virtud, para que sea perfecto cumplimiento. (cap. 23, pág. 249)

Lo curioso es que en esta ocasión el soldado encarnaría la nobleza, y no las armas. Estas se las reserva para sí don Quijote, quien concede al ermitaño las letras, pues «es tan grande teólogo que entiendo sabrá dar cuenta de sí en cualesquier universidades, aunque sean las salmantina, parisiense y alcaladina» (pág. 249). Resulta

significativo el hecho de que Avellaneda altere el equilibrio binario del tópico para añadir un tercer elemento, «la sangre» (arriba, «la nobleza»): desde luego, esto cuadra con la perspectiva ideológica del texto, que, como ha mostrado certeramente Iffland (1999), entroniza los valores de la aristocracia representada en esos «caballeros de buen gusto» que reducen a los protagonistas al papel de bufones al servicio del entretenimiento cortesano. En cualquier caso, estos pasajes demuestran que al autor del *Quijote* apócrifo le interesa el tema y que lo recoge en su novela². Hacia el final de la misma, el loco alojado en la casa del Nuncio de Toledo en la que confinan a don Quijote se considerará a sí mismo un experto en las más diversas materias (cap. 36, págs. 389-391)³, y sostendrá que todos lo envidian por sus habilidades, extendiéndose en una hiperbólica enumeración que incluye una referencia a armas y letras:

Los soldados no pueden llevar que les anteponga las letras y les diga lo de Alciato: «Cedunt arma togae, et quamvis durissima corda eloquio pollens ad sua vota trahit». Los letrados no pueden tolerar les dé en rostro, viéndolos hablar en cosas de leyes tan sin guardar la de Dios, con el recato de sus predecesores sabios, que decían: «Erubescimus dum sine lege loquimur». (pág. 390)

El *cedunt arma togae* que cita aquí Avellaneda supone una competición entre armas y letras que está siempre implícita en el tópico, y no deja de ser irónico que esta primacía de las letras se enuncie en el marco de la pedantesca verborrea de un clérigo loco, confinado y furioso (recordemos que, a continuación, muerde la mano de don Quijote). Esto contrasta, de hecho, con el célebre discurso que pronuncia el don Quijote cervantino en el texto de 1605: allí, la supremacía de las armas era enunciada por un protagonista que, paradójicamente, será más reconocido por sus creaciones verbales que por hazañas guerreras⁴.

² Sancho recoge el tema en la misma escena, sosteniendo que él también es célebre «por todos tres juntos, por sangre, por armas y por letras», lo que explica con unas «necedades» (cap. 23, págs. 248-249).

³ Joly (1986) y más recientemente Blasco (2005) consideran que el pasaje puede leerse como un ataque a Cervantes.

⁴ En numerosas ocasiones, distintos personajes reconocen la habilidad imaginativa y verbal de don Quijote: Sancho permanece «colgado de sus palabras» (I, 18, pág. 193) cuando su amo, «viendo en su imaginación lo que no veía ni había» (I, 18, pág. 190) describe los ejércitos que van a enfrentarse, que resultan ser ovejas y

Ciertamente, en el libro de Avellaneda encontramos numerosas escenas de violencia armada (se diría que más que en el *Quijote* cervantino), así como de furiosa cólera, que afecta principalmente al protagonista, presa de arrebatos muy frecuentes en los que es capaz hasta de embestir gratuitamente contra su escudero, como sucede cuando se prueba por primera vez las armas de don Álvaro (Gerber, 2018: 174). Este humor llega de hecho a contagiar a un personaje en origen tan pacífico y pusilánime como Sancho: el escudero pretende abrazar la carrera de las armas y probar la aventura del bosque (cap. 22, págs. 230-232), y luego enfrentarse al escudero del gigante Bramidán de Tajayunque (cap. 31, págs. 338-339; cap. 32, págs. 343 y 349), entre otras muestras de insólito apego a la lucha.

Sin embargo, sería aventurado afirmar tajantemente que Avellaneda se inclina por las armas, pues también las letras tienen su peso en la obra. Para empezar, el libro recoge diversas escenas burlescas acerca de la vida estudiantil en Alcalá, y un personaje como Bárbara se considera «naturalmente inclinada a cosa de letras» (cap. 31, pág. 332). El comentario es jocoso (Bárbara es prostituta de estudiantes), pero lo cierto es que en el *Quijote* apócrifo abundan las referencias a obras literarias: Gómez Canseco afirma que el libro «rezuma literatura por todos lados» (2014: 32-38) y, para demostrarlo, enumera «los libros del licenciado», es decir, los que Avellaneda menciona en el volumen o tuvo que haber conocido, y que van desde la Biblia a la literatura contemporánea impresa y manuscrita⁵. Además, en la novela

carneros; elogia con entusiasmo la carta a Dulcinea (I, 25, pág. 287) y se muestra enfáticamente convencido por el discurso de su amo cuando este le explica, mediante el cuento de la viuda y el mozo motilón, que ha pintado a su amada en su imaginación «tal como la desea» (I, 25, págs. 285-286). Y no es el único que experimenta la atracción al mundo ficcional del hidalgo: tras juntarse con don Fernando, Dorotea le dice a don Quijote, en una declaración en la que finge (como princesa Micomicona), pero a la vez dice la verdad de su situación, que «si no fuera por vos, señor, jamás acertara a tener la ventura que tengo» (I, 37, pág. 437). En el propio discurso de las armas y las letras, el ilustre auditorio de la venta se admira de su «buen entendimiento y buen discurso» (I, 38, pág. 449), lamentando que lo haya perdido en materia de caballería. Desde luego, la cualidad de loco-sabio del personaje, así como el hecho de que su fama es decididamente literaria, pues se ha hecho célebre por su historia impresa, se acentúan en la continuación de 1615. Muy posiblemente esto sea parte de una reacción cervantina al don Quijote de Avellaneda, un loco colérico más dado a arremeter contra quien se le ponga por delante que a elucubrar imaginaciones.

⁵ Así, cita con relativa frecuencia los libros de caballerías, como el *Amadís*, a cuyo protagonista menciona en diversas ocasiones (caps. 2, págs. 25, 27 y 31; cap. 6, pág. 69; cap. 7, pág. 79 y 81; cap. 11, pág. 116; cap. 28, pág. 310; cap. 29, pág. 321; cap. 32, pág. 350), pero también trae a colación a autores como Homero, Virgilio, Lucano, Petrarca, Bandello, Pérez de Hita, Quevedo o Lope de Vega (cap. 2, pág. 27), y don Quijote se cura leyendo «un *Flos sanctorum* de Villegas y los *Evangelios y epístolas de todo el año* en vulgar, y la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada», libros a los que hay que añadir unas *Horas de Nuestra Señora* (cap. 1, pág. 14).

tampoco escasean las interrupciones poéticas. Para centrarnos en las más evidentes, encontramos en el libro diversas letras en verso (cap. 4, pág. 48; cap. 11, págs. 110-115), la canción de maese Jacopín (cap. 15, págs. 166-167), unos enigmas también en verso (cap. 25, págs. 271-274), las conceptuosas «Coplas a una dama llamada Ana» (cap. 25, págs. 276-277) y las letras latinas del triunfo del catedrático de Alcalá (cap. 28, págs. 311-312). Asimismo, tenemos los dos cuentos insertos en la sexta parte, el «Rico desesperado» (caps. 15-16, págs. 157-181) y «Los felices amantes» (cap. 17-20, págs. 181-221), el cual tiene el interés añadido de que uno de los personajes que lo escucha (un canónigo) reconoce y revela su fuente, «el milagro veinte y cinco de los noventa y nueve que de la Virgen sacratísima recogió en su tomo de *Sermones* el grave autor y maestro que, por humildad, quiso llamarse el Dicipulo» (cap. 21, pág. 222), lo que resalta, si cabe, la artificiosidad y carácter literario del relato inserto.

No obstante ello, cabe subrayar que, al insertar otros textos, Avellaneda no complica la hechura del libro al modo cervantino, pues en el *Quijote* del alcaíno los niveles ficcionales se entremezclan, las historias intercaladas traen matrices de otros géneros a la trama caballeresca de base y el narrador reflexiona sobre las dificultades para seguir el «rastrillado, torcido y aspado hilo» de la historia (I, 28, pág. 317). La dimensión metaliteraria, tan importante en el libro de 1605, no se explota de tal forma en el apócrifo, que debilita así el protagonismo general de la literatura en la trama en comparación con el original cervantino. De hecho, cabe afirmar que en el texto de Avellaneda los «caballeros de buen gusto» se divierten en grande con las sandeces del hidalgo sin importar demasiado el origen libresco de su locura, que resulta prácticamente un elemento accesorio (Gerber, 2018: 179).

En este marco, y de modo acorde a la construcción de un loco protagonista que entretiene a los nobles con sus arrebatos bélicos, resulta coherente que haya un universo de letras a las que el libro de Avellaneda acude con particular frecuencia: el del romancero, y particularmente los romances de tema épico-nacional. Como veremos, apelar a estos romances llegará a volverse un elemento distintivo del don Quijote apócrifo, tanto o más importante para la configuración del personaje que los libros de caballerías.

LOS ROMANCES Y EL APÓCRIFO: EL CASO DE «CERCADA ESTÁ SANTA FE»

En la caterva de referencias e inserciones literarias del libro de Avellaneda destacan sin duda las relativas al romancero⁶. Al respecto, Gómez Canseco señala que «la declamación de romances, como el que el don Quijote cervantino recitaba en el capítulo V de 1605, se convierte ahora en práctica común del apócrifo, que rememora casi veinte romances distintos» (2014: 34). Magdalena Altamirano se ha detenido en el estudio de estos romances, sosteniendo que apoyan el propósito general de convertir «a Martín Quijada en otro don Quijote de la Mancha, completamente alejado del cervantino» (2020: 11). Para ello, Avellaneda recurre al modelo del *Entremés de los romances* (que Cervantes emplea en parte de la primera salida del personaje, en el mentado I, 5) para «transformar la locura de su protagonista en una locura absurda, de un solo plano y sin el calado profundo que había distinguido a la del primer don Quijote» (Altamirano, 2020: 11).

Concretamente, la autora subraya dos rasgos singulares de la locura del personaje de Avellaneda, que lo distinguen del cervantino: la verborrea romancística (don Quijote evoca un romance tras otro sin ilación) y los desdoblamientos de la personalidad, que casi siempre se presentan asociados con romances (Altamirano, 2020: 115). Ambos resultan deudores del Bartolo del *Entremés de los romances*, y en particular el último explora un cauce sugerido y abandonado pronto por Cervantes: en el capítulo 5 de 1605 don Quijote se cree alternativamente Valdovinos y Abindarráez, algo que no volverá a ocurrir en toda la novela⁷. De hecho, no en vano esta alteración ocurría hacia el final de su primera salida. Una vez que don Quijote sale por segunda vez en dupla con Sancho, Cervantes abandona el esquema inicial de los capítulos 1-6, que podrían leerse como un texto cerrado sobre sí mismo: un viejo hidalgo de aldea enloquece por leer, emprende la búsqueda de aventuras creyéndose paladín de libro de caballerías, resulta lógicamente apaleado y en el clímax de su

⁶ De hecho, el peso del romancero en la obra ha llevado a algunos a proponer como autor de la misma a un miembro de la generación de 1580 y destacado poeta del romancero nuevo: Pedro Liñán de Rianza (Pérez López, 2005; 2022; Sánchez Portero, 2007; 2010).

⁷ Gómez Canseco había señalado que Avellaneda se basa, para la construcción del apócrifo, en «dos elementos que Cervantes había terminado por rechazar: las alteraciones de la personalidad y el romancero» (2014: 48). Altamirano, por su parte, indicaba en un temprano artículo sobre el romancero en el *Quijote* de 1605 que su presencia era escasa y se concentraba significativamente en los primeros capítulos, «como si el romance cobrara una fuerza que después no germinó o no se quiso mantener» (1997: 332).

enajenación confunde su identidad con la de personajes de otro género literario mientras un vecino caritativo lo regresa al hogar, donde su familia y amigos quemarán sus libros como corolario de todo lo ocurrido. Este esquema de aventura ridícula y cierre conclusivo, con el loco confinado, es el que, evidentemente, recogerá Avellaneda, quien lo llevará al extremo haciendo que el personaje emprenda desafíos a cual más risible y profiera discursos en los que adopta si ton ni son las más diversas personalidades, particularmente las romanceriles.

Importa subrayar que el continuador no se limita a amplificar, sino que hace otro uso del recurso cervantino: al hacer que don Quijote adopte distintas personalidades hallándose en compañía de Sancho, Avellaneda resalta la enajenación del personaje y, agregamos, debilita su vínculo con el escudero, quien ya no funciona aquí como un compañero que lo lleva a confrontar sus puntos de vista e incluso transformarlos. Así, ante los ojos perplejos de Sancho, don Quijote se creará sucesivamente el rey don Sancho (cap. 6, págs. 73-74), Cayo Mucio Escévola (cap. 7, pág. 84), Bernardo del Carpio (cap. 8, pág. 87 y cap. 23, págs. 244-246), Aquiles (cap. 8, págs. 89-90), Fernando el Católico (cap. 24, pág. 257), el rey don Rodrigo (cap. 24, págs. 256-257), el Cid (29, p.234) y Fernán González (cap. 30, págs. 329-330). Notoriamente, casi todos son héroes celebrados por el romancero (Altamirano, 2020: 151).

Los romances que recoge Altamirano suman «un mínimo de veinte» (2020: 111) que distribuye en diversos ciclos del romancero viejo (ocho) y romances nuevos (nueve). Los viejos versan sobre Bernardo del Carpio (Altamirano no identifica cuáles), los Infantes de Lara («A cazar va don Rodrigo»), Fernán González («Castellanos y leoneses»), el cerco de Zamora («Rey don Sancho, rey don Sancho» y «Ya se sale Diego Ordóñez»), el ciclo cidiano («Respuesta del rey a la carta de Jimena») y las guerras de frontera («Vele, vele el moro Muza»), así como asuntos carolingios (el conde Claros, el marqués de Mantua, Calaiños). En cuanto a los nuevos, los hay del ciclo de la pérdida de España («Amores trata Rodrigo»), carolingios (sobre Montesinos, sobre Durandarte, sobre Belerma), de la Antigüedad clásica («Ardiéndose estaba Troya»), de Bernardo del Carpio («Con los mejores de Asturias») y moriscos («Ensíllenme el potro rucio», «Sale la estrella de Venus»).

Altamirano no considera ni entre estos últimos ni entre los fronterizos el romance «Cercada está Santa Fe», que trata del difundido desafío de Garcilaso de la

Vega y el moro Tarfe en la vega de Granada. Garcilaso de la Vega es un personaje histórico, antepasado del poeta, que realizó algunas hazañas en las guerras contra los moros, como cuenta entre otros cronistas Hernando del Pulgar, quien le dedica el título XVI de sus *Claros varones de Castilla* (Buceta, 1922: 100-101). No obstante, en la tradición poética estas gestas cobran carácter legendario al adoptar el «esquema áulico de reto y combate común a muchos juegos caballerescos» (Carrasco Urgoiti, 1996: 110): según la leyenda, Garcilaso sería el joven castellano que se habría atrevido a atacar al moro fanfarrón, retador y vagamente ariostesco que había colgado un cartel con el Ave María cerca del ano de su caballo, para provocar a los guerreros cristianos⁸. Se trata del moro Tarfe, a quien remiten en la novela de Avellaneda una serie de pasajes que veremos abajo y, ya de entrada, el apellido de don Álvaro Tarfe, según lo señalan Carrasco Urgoiti (1993: 282-284) y Gómez Canseco:

El referente directo de su nombre es el moro Tarfe, hermano del rey árabe de Granada, pintado como valiente y amante despechado en romances como «Mira, Tarfe, que a Daraja» o «El espejo de la corte». Es ese despecho el que le llevó a hacer ostentación de su valor ante las tropas cristianas, llevando un Ave María atado a la cola de su caballo y recibiendo el castigo que narra el romancero de manos del joven Garcilaso de la Vega. (2014: 68)

Gómez Canseco prosigue recordando que Garcilaso y Tarfe son los protagonistas de la primera comedia de Lope que se conserva, *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe*, así como, añadimos, de *El cerco de Santa Fe e ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega* (Carrasco Urgoiti, 1993: 283; 1996: 113). La existencia de estas dos comedias es lo que probablemente explica que Altamirano no incluya a Garcilaso y Tarfe en su lista, por considerar que la historia llegó a Avellaneda a través de las comedias de Lope, y no del romancero.

⁸ La anécdota legendaria se mezcla con una histórica: la de Hernando del Pulgar, quien logró clavar en la puerta de la mezquita mayor de Granada un cartel con el Ave María (Carrasco Urgoiti, 1996: 109; Martínez Iniesta, 2003; Martínez Torres, 2022: 183-184). La leyenda imagina la reacción de los moros al encontrar el cartel, con la blasfemia y reto consiguientes, que luego habría provocado la lucha entre Garcilaso y Tarfe. Sobre la tradición del moro retador, véase Catalán (1969: 101; 113-116). Sobre el fanfarroneo ariostesco de los moros de Lope, véase Carrasco Urgoiti (1996: 135).

No obstante, no podemos demostrar que Avellaneda conociera la primera de estas dos comedias, que no está impresa en ninguna de las *Partes* del Fénix y que solo se nos ha conservado en un manuscrito con letra del siglo XVII (BNE, mss. 16037). Sí que podría haber manejado la segunda, *El cerco de Santa Fe*, que salió publicada en la *Parte I* (1604), aunque parece todavía más probable que la inspiración de Avellaneda fuera romanceril. Tarfe está mencionado en el *Entremés de los romances*, en una estructura («Mira, Tarfe que a Daraja») que remeda el «Mira, Zaide, que te digo» con que comienza uno de los más famosos romances de Lope, donde se mencionan unos «jardines de Atarfe»⁹.

Parece que a la hora de pensar en Garcilaso y el moro Tarfe Avellaneda debió de recurrir al romancero, más que al teatro¹⁰. En efecto, hay varios romances sobre el moro Tarfe en la *Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega* (Alcalá de Henares, 1587): el «Romance XLVII del escándalo que causó en Granada el hallar la Avemaría y lo que de ello sucedió» («Sobre el más alto collado»), el «Romance XLVIII del moro Tarfe cuando sacó la Ave María pendiente de la cola del caballo y fue a la frontera del rey don Fernando» («En un revuelto andaluz») y, finalmente, el «Romance XLIX de Garcilaso de la Vega cuando salió al campo con el moro Tarfe y le cortó la cabeza y presentó al rey con el letrado de la Avemaría» («De hinojos puesto ante el rey») (fols. 82r-86r).

Esto muestra que la historia estaba de moda en los años 80, como sugiere también la existencia de un romance previo a los de Laso de la Vega, el ya mencionado «Cercada está Santa Fe», poema que es la fuente de las dos comedias de Lope (las dos citan sus dos primeros versos: *Los hechos*, vv. 1216-1217, pág. 222; *El cerco*, vv. 55-56¹¹) (Moore, 1940: 9-16; Menéndez Pidal, 1945: 182; Catalán, 1969: 110)¹². El romance se conserva en diversas versiones del siglo XX que recoge Diego Catalán

⁹ Estos debieron de mover a Pérez de Hita a insertar en su *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes* (fols. 41r-41v) la historia del moro Tarfe en el contexto del trío amoroso que formaba este con Zaide y Zaida. Ahí, Tarfe desempeña «el rol de lo que en la poesía trovadoresca se llama *losengier*, el envidioso indiscreto y cizañero que impide las relaciones de los amantes» (Sánchez Jiménez, 2015: 188).

¹⁰ Martínez Torres señala que hay otra obra teatral sobre las hazañas de Garcilaso de la Vega en Granada: la dieciochesca *Tímber y blasón de los Lasos* (2022: 185).

¹¹ Sobre la práctica lopesca de «salpicar el texto con calcos de versos famosos», véase Carrasco Urgoiti (1996: 144).

¹² Diego Catalán es categórico al respecto: «El romance no lo tomó Lope de la tradición oral, como tantas veces haría en comedias posteriores, sino del texto impreso por Lucas Rodríguez» (1969: 110). Para un análisis detallado del romance, véase Catalán (1969: 100-132).

(1969: 101-109), aunque su primera aparición data precisamente de la época que nos interesa, pues se encuentra en el *Romancero historiado* que compiló Lucas Rodríguez (Alcalá de Henares, 1582), así como en la *Flor de varios romances nuevos y viejos* que recopiló Pedro de Moncayo (Huesca, 1589) y en la *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes* de Pérez de Hita (Zaragoza, 1595).

Rodríguez-Moñino supone que el *Romancero historiado* tuvo una edición alcalaína de 1579, a la que siguieron otras en 1581, 1582, 1584, 1585 y 1586 (1967: 9-11)¹³. Nos interesa señalar que en este volumen se encuentran algunos de los romances del *Quijote* de Avellaneda: sobre Montesinos, «Por el rastro de la sangre» (págs. 140-141) (con su glosa, «El cielo a voces rompiendo» págs. 163-164), «Echado está Montesinos» (págs. 141-142) y, probablemente, «Sobre el corazón difunto» (pág. 142)¹⁴; sobre don Manuel y el moro Muza, «Como quedó con tristeza» (págs. 111-112)¹⁵. A ellos hay que añadir los romances de Bernardo del Carpio («Cuando el padre de Faetón», «Con ansia extrema y lloroso») y los del ciclo de Zamora («Estando del rey don Sancho», «Muerto yace el rey don Sancho», «Con el rostro entristecido», «Ya Diego Ordóñez se parte», «Aun no es bien amanecido», «Ya está esperando don Diego», «Muerto había don Diego Ordóñez», «A pie está el fuerte don Diego», «Por el muro de Zamora», «Sobre el cuerpo de Rodrigo» y «Después que sobre Zamora», todos, salvo el último acompañados de sus glosas), ciclos muy presentes en Avellaneda. Destaca particularmente «Ya Diego Ordóñez se parte», que incluye el famoso reto de Diego Ordóñez a los zamoranos que tanto impresionó a Avellaneda, quien lo menciona o imita en diversas ocasiones, hasta llegar a configurar un «leitmotiv romancístico», como indica Altamirano (2020:

13 Lucas Rodríguez no es un desconocido de las letras áureas, pues en 1599 publicó unos *Conceptos de divina poesía* en cuyos preliminares firman poemas Francisco de Quevedo, Lope de Vega y fray Alonso Remón (Rodríguez-Moñino, 1967: 13). El *Romancero historiado* contiene una serie de textos en su mayoría anónimos que se dividen en secciones que agrupan temas concretos (la primera, sobre la destrucción de Troya; la segunda, sobre el ciclo de Zamora) o diversos (de Bernardo del Carpio, el Cid, Céfalo y Pocris, Rodrigo Narváez, Angélica y Medoro, don Manuel el de la vega de Granada, de Hero y Leandro, caballerescos, pastoriles), aunque el libro también incluye sonetos, églogas, etc.

¹⁴ Altamirano (2020: 354) indica que el romance en que se basa Avellaneda es «Diez años vivió Belerma», pero el motivo del corazón de Durandarte se encuentra también en el romance que citamos.

¹⁵ Altamirano (2020: 354) indica que el romance que tiene en mente Avellaneda es «Don Manuel y el moro Muza». De nuevo, el desafío también se narra en el que indicamos, que además viene precedido en el *Romancero historiado* de un romance contextual, «En llamas de amor deshecho» (págs. 110-111).

152)¹⁶. Por último, llama la atención que el *Romancero historiado* dedique toda una sección y trece romances al caballero del Febo (págs. 168-188), también importante en el *Quijote* de Avellaneda. Pues bien, entre los romances más extensos que incluye la obra está el citado «Cercada está Santa Fe» (págs. 138-140), que cuenta el célebre desafío y que, por tanto, presenta a Tarfe no solo como un amante despechado, sino como un moro retador y blasfemo a quien derrota Garcilaso de la Vega. Como señalamos antes, el *Romancero historiado* es el primer texto que recoge este texto y esta historia.

Amén de en el *Romancero historiado* —el texto de donde Lope debió de tomar el romance (Menéndez Pidal, 1945: 182)—, y como ya adelantamos, «Cercada está Santa Fe» se encuentra al final de la década en la *Flor de varios romances nuevos y viejos* que recopiló Pedro de Moncayo (Huesca, 1589) (Catalán, 1969: 109; Eugercios Arriero, 2018: 628)¹⁷. Y, años más tarde, en la celeberrima *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes* de Pérez de Hita (fols. 275r-277v) de 1595 (Martín Iniesta, 2003), obra que además incluye otros romances que cita Avellaneda («Ensíllenme el potro rucio» y «Sale la estrella de Venus», fols. 72v y 294v-296r). Por último, Catalán (1969: 111 y 195) da noticia de dos versiones manuscritas (una en la Biblioteca de Palacio y otra en El Escorial), que contrasta con las que publican Lucas Rodríguez y Pérez de Hita para concluir que debió de haber una redacción primitiva que retocan los impresos y que se conserva de manera fragmentaria en los citados manuscritos:

Contra lo que suele creerse, el romance *Cercada está Santa Fe* no fue inventado por los poetas del *Romancero morisco*. En el último cuarto del

¹⁶ También lo recuerda risueñamente Cervantes en el alegato anti-belicista de don Quijote ante el pueblo del rebuzno: «ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó a todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar a su rey, y, así, retó a todos, y a todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar a los muertos, a las aguas, ni a los panes, ni a los que estaban por nacer, ni a las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija» (II, 27, pág. 859). Cabe leer esto como una irónica respuesta al protagonista colérico y retador del *Quijote* de Avellaneda.

¹⁷ Sobre los romances moriscos de este libro, véase Eugercios Arriero (2018).

siglo XVI era un romance tradicional muy popularizado. Lucas Rodríguez (1579) y Ginés Pérez de Hita (1585) lo recogieron independientemente de la tradición oral y lo revistieron de galas moriscas, cada uno en su estilo. (Catalán, 1969: 130-131)

En suma, no podemos precisar categóricamente de dónde extrajo Avellaneda las noticias acerca de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe, si fue de las comedias lopescas sobre el célebre desafío o si fue del romance en que estas se basaban, «Cercada está Santa Fe». Lo segundo nos parece más probable, porque las referencias de Avellaneda son más romanceriles que teatrales (y el libro de Altamirano lo demuestra fehacientemente), porque el poema estaba muy difundido en libros como el *Romancero historiado* y la *Historia* de Pérez de Hita y porque en ellos «Cercada está Santa Fe» aparece acompañado de otros romances que también emplea Avellaneda.

BERNARDO Y GARCILASO

En cualquier caso, lo esencial es comprender que Garcilaso y el moro Tarfe completan un panorama muy importante en el *Quijote* de Avellaneda, cuyas referencias literarias son, como hemos visto, abundantes y coherentes, y se centran, sobre todo, en el romancero. En este destacan los textos sobre historia patria¹⁸, e incluso patriótica, que se caracterizan por insertar elementos legendarios en un contexto aparentemente verosímil: el ciclo de Bernardo del Carpio (contra los franceses) y el de las guerras de Granada (contra los moros), en el que se incluye el episodio de Garcilaso y el moro Tarfe. En cuanto a Bernardo, fue un personaje inventado durante la Edad Media para responder al ciclo de Roldán y particularmente apreciado en los siglos XVI y XVII, cuando los enfrentamientos con Francia le dieron especial popularidad (Sánchez Jiménez, 2016: 303-310 y 315-328). Bernardo reunía diversos elementos fantásticos tradicionales (su bastardía, su destino, sus fuerzas hercúleas) con una pretensión de historicidad que tuvo relativo éxito, pues

¹⁸ Altamirano subraya que entre los romances viejos que usa Avellaneda «dominan los asuntos épicos o históricos nacionales y no los de ambiente caballeresco extranjero (cinco sobre tres), como ocurrió en el *Ingenioso hidalgo*» (2020: 111).

llevó a autores como Lope de Vega a adoptar su supuesto blasón. Pues bien, en el *Quijote* de Avellaneda don Quijote declara muy pronto que imita «a los antiguos» en estilo y en fortaleza, y aclara que estos antiguos son héroes de los romances patrios, como el «conde Fernán González, Peranzules» y el «Cid» (cap. 2, pág. 30), dos de los cuales (Bernardo y el Cid) vuelve a mentar al poco (cap. 3, pág. 40). La identificación con Bernardo es lo que nos interesa ahora, pues resulta muy insistente. Así, enseguida vemos a don Quijote interpelar al melonero diciendo que no viene con un gran ejército, como Bernardo y Marsilio (cap. 6, pág. 70), y luego comprobamos que el caballero hace explícito su deseo de emular al héroe hispánico al entrar en Zaragoza:

Pero no seré yo Bernardo del Carpio si, ya que no tuve ventura de hallarme en ellas [las justas], no hiciere un público desafío a todos los caballeros que en esta ciudad se hallaren enamorados, de suerte que venga por él a cobrar la honra que no he podido ganar por no haberme hallado en tan célebres fiestas; y será mañana el día de él. (cap. 8, pág. 87)

La identificación con este personaje a la vez histórico y legendario llega a tal extremo que don Quijote llega a confundirse con él en un extenso discurso del capítulo 23. En él, el caballero traza toda una historia patria determinada por la epopeya nacionalista. Para empezar, don Quijote interpela a los villanos que lo rodean llamándolos «valerosos leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los godos» que perdió España por el pecado del rey don Rodrigo, la traición de don Julián y el asalto del moro Muza (cap. 23, pág. 244), y que luego comenzó a recuperar con Pelayo y Sandoval, cuyo valor llevó a España a «conquistar nuevos reinos y mundos» (cap. 23, pág. 245). A continuación, el protagonista se pone en lugar de Bernardo para proponer atacar a los franceses y matar a Roldán, contando a sus interlocutores:

—Ya veis, ínclitos Guzmanes, Quiñones, Lorenzanas y los demás que me oís, cómo mi tío el rey don Alonso el Casto, siendo yo hijo de su hermana y tan nombrado cuanto temido por Bernardo, me tiene a mi padre, el de Saldaña, preso, sin quererme dar; demás de lo cual, tiene prometido al emperador Carlomagno darle los reinos de Castilla y León después de sus

días, agravio por el cual no tengo de pasar de ninguna manera, pues, no teniendo él otro heredero sino a mí, a quien toca por ley y derecho, como a sobrino suyo legítimo y más propincuo a la casa real, no tengo de permitir que extranjeros entren en posesión de cosa tan mía. Por tanto, señores, partamos luego para Ronces Valles y llevaremos en nuestra compañía al rey Marsilio de Aragón, con Bravonel de Zaragoza; que, ayudándonos Galalón con sus astucias y con el favor que nos promete, fácilmente mataremos a Roldán y a todos los doce pares; y quedando en aquellos valles malferido Durandarte, se saldrá de la batalla, y, por el rastro de la sangre que dejará, irá caminando Montesinos por una áspera montaña, aconteciéndole mil varios sucesos, hasta que, topando con él, le saque por sus manos, a instancia suya, el corazón, y se le lleve a Belerma. (cap. 23, pág. 245)

El pasaje se hace eco de varios romances más, configurando un centón, al decir de Altamirano (2020), pero ahora nos importa más bien subrayar que don Quijote no solo imita a Bernardo, sino que asume su identidad: por más que el caballero se ha vuelto loco leyendo libros de caballerías, no se cree Amadís o Belianís de Grecia, sino Bernardo, protagonista de un ciclo de romances de sesgo patriótico. Más que la fantasiosa materia de Bretaña, es esta literatura belicista y patriótica del romancero la que atrae a Avellaneda, cuyo personaje se cree Bernardo del Carpio y grita:

«¡Al arma, al arma, que con los mejores de Asturias sale de León Bernardo, todos a punto de guerra, a impedir a Francia el paso!». (cap. 23, pág. 246)

Estos mismos mecanismos se repiten en lo referente a Garcilaso de la Vega, de nuevo un personaje del romancero y un paladín de la mitología patria vagamente histórico, aunque protagonista de una hazaña ficticia. Pues bien, en Zaragoza don Quijote toma por modelo a Garcilaso:

Entró con gentil continente sobre Rocinante, y, en la punta del lanzón traía, con un cordel atado, un pergamino grande tendido, escrita en él con letras góticas el Ave María; y, sobre los motes y pinturas que traía en su

adarga, había añadido a ellas este cuartete, en explicación del pergamino que traía pendiente de la lanza:

Soy muy más que Garcilaso,
pues quité de un turco cruel
el Ave que le honra a él. (cap. 11, pág. 115)

El propio don Quijote glosa la letra al poco, explicando que es «otro manchego Garcilaso, con más bríos y años que el primero» (cap. 11, pág. 116), y unos capítulos más adelante lo interpela junto a otros campeones de la España cristiana para que se enfrenten a los moros, entre los que se encuentra, claro está, Tarfe:

¡Salga Galindo, salga Garcilaso, salga el buen maestro y Machuca, salga Rodrigo de Narváez! ¡Muera Muza, Zegrí, Gomel, Almoradí, Abencerraje, Tarfe, Abenamar, Zaide y la demás gente galgana, mejor para cazar liebres que para andar en las lides! Fernando soy de Aragón, doña Isabel es mi amantísima esposa y reina. (cap. 24, pág. 257)

En este pasaje, don Quijote no se cree Garcilaso, sino el rey Fernando el Católico, y llama entre sus paladines a diversos capitanes protagonistas de crónicas y romances (Gómez Canseco, 2014: 257). De nuevo, el caballero se enajena para adentrarse no en el mundo fantasioso de las novelas de caballerías, sino en del romancero, poblado por personajes verosímiles o incluso en parte históricos, como Garcilaso, pero también teñidos de leyenda. Cabe insistir en que, en los casos de Garcilaso y Bernardo —e incluso de Fernán González, que no tenemos tiempo de explorar¹⁹—, estos héroes romanceriles que le interesan a Avellaneda hacen referencia a una historia patria belicista y dirigida contra un enemigo no solo concreto, sino todavía operativo en 1614: los franceses de Bernardo, los moros y turcos (recordemos el «turco cruel», cap. 11, pág. 115) de Garcilaso.

¹⁹ El pasaje en que don Quijote se cree el conde Fernán González aparece en el capítulo 30 (pág. 330).

CONCLUSIÓN

Con estos datos podemos volver a la pregunta con que abrimos este trabajo, esto es, qué armas y qué letras proponía el autor del *Quijote* apócrifo, a quien desde luego le interesaba el tópico de las armas y las letras, pues lo presenta en diversas ocasiones a lo largo del volumen. Al respecto, sostenemos que es representativo que Avellaneda elija a Garcilaso de la Vega como uno de los héroes con quien se identifica don Quijote, y también que este Garcilaso no sea el poeta toledano, sino su antepasado, el paladín semi mítico que derrotó al legendario moro Tarfe en la guerra de Granada. En efecto, Avellaneda no cita ni una sola vez al príncipe de los poetas castellanos, aunque usa su nombre para referirse a gestas patrióticas vagamente históricas sin verse tentado a evocar los endecasílabos del Garcilaso poeta, glorioso descendiente del Garcilaso de la Vega que se enfrentó a Tarfe.

Desde luego, esto llama la atención si consideramos la sostenida presencia de huellas y evocaciones textuales del poeta toledano en la obra cervantina. Si este encarna el perfecto equilibrio de armas y letras, es interesante constatar que, en contraste con la omisión de Avellaneda, Cervantes intensifica notoriamente las alusiones garcilasianas en el *Quijote* de 1615 (Aladro y Ramos Tremolada, 1996; Gerber, 2021), y llega a incluir varias citas textuales de sus versos para configurar una red de sentido que asocia, ya desde los inicios de la nueva salida, caballería andante y poesía. Entre estas citas, destaca la estancia entera de la *Égloga III*, recitada durante el fingido funeral de Altisidora por boca de un mancebo que luego explicará a los protagonistas que entre los poetas de la época se usa que cada quien «hurte de quien quisiere» (II, 70, pág. 1196). Se trata, claro, de una secuencia llena de dardos hacia el continuador apócrifo: recordemos que Altisidora declara haber visto el libro de Avellaneda a las puertas del infierno, entre los libros «lentos de viento y borra» (II, 70, pág. 1194) con los que juegan carnavalescamente unos diablitos. Y, de hecho, toda la secuencia final del libro de 1615, saturada de reminiscencias al toledano, apuntará a subrayar la trascendencia del amor de don Quijote por Dulcinea, frente al «caballero desamorado» que había construido Avellaneda, cuyos referentes poéticos, en cambio, reforzaban desde el inicio del volumen la faceta colérica, guerrera y desafiante del protagonista.

Hemos comprobado que, más que los sonetos y églogas de Garcilaso, Avellaneda frecuentó el romancero, y que su don Quijote se identifica, más que con los fantásticos caballeros de Gaula o Grecia, con héroes pseudo históricos de la España medieval como Bernardo del Carpio o Garcilaso de la Vega. Hemos sugerido que Avellaneda debió de encontrar las gestas del segundo, más que en las comedias de Lope (la vetusta *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe* o *El cerco de Santa Fe*), en el romance en que se inspiró el Fénix, «Cercada está Santa Fe», del mismo modo que conocería las figuras de Bernardo, Fernán González y el Cid por diversos romances. Es más, parece probable que Avellaneda consultara concretamente el *Romancero historiado*, volumen que incluye romances que quería explorar y cuya temática recoge el *Quijote* apócrifo. En estos textos, Avellaneda halló el tipo de literatura belicista y patriótica que le interesaba: unas letras de tradición española y de pretensiones históricas que están en las antípodas de los libros de caballerías, de ambiente internacional y trama fantasiosa.

En suma, el licenciado Avellaneda no oponía las armas a las letras, puesto que las dos, en conjunción con la sangre, debían contribuir a formar al perfecto caballero. Ahora bien, a diferencia de Cervantes, no le interesa orientar el tópico hacia la reflexión sobre cuestiones de poética, aspecto importante del volumen de 1605 que está significativamente ausente en su continuación. En su lugar, hay un universo literario cuya exploración Avellaneda intensifica en relación al *Quijote* cervantino: el romancero de tema épico nacional, que utiliza particularmente para configurar al personaje protagónico. A partir de esta nueva fuente de inspiración de las hazañas quijotescas, el volumen del continuador pone en primer plano una literatura patria, patriótica y belicosa como la que recogía las hazañas de Garcilaso de la Vega. El de la vega de Granada, que no el poeta.

OBRAS CITADAS

ALADRO, Jordi, y Ricardo RAMOS TREMOLADA, «Ausencia y presencia de Garcilaso en el *Quijote*», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 16, 1996, págs. 89-106.

ALTAMIRANO, Magdalena, «El romancero en la Primera parte del *Quijote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 45, 1997, págs. 321-336.

- , *Cervantes y Avellaneda, la poesía interpolada: el romancero*, Madrid, Iberoamericana, 2020.
- BLASCO, Javier, «Un retrato de Miguel de Cervantes en el *Quijote* de Avellaneda y la respuesta cervantina: los cuentos “de loco y de perro” en el prólogo del *Quijote* de 1615», en *Praenstans labore Victor: homenaje al profesor Víctor García de la Concha*, ed. de Javier San José Lera, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005, págs. 95-118.
- BUCETA, Erasmo, «Notas acerca de la historicidad del romance “Cercada está Santa Fe”», *Revista de Filología Española*, 9, 1922, págs. 367-383.
- CARRASCO URGOITI, Soledad, «Don Álvaro Tarfe: el personaje morisco de Avellaneda y su variante cervantina», *Revista de Filología Española*, 73, 1993, págs. 275-293.
- , *El moro retador y el moro amigo (estudios sobre fiestas y comedias de moros y cristianos)*, Granada, Universidad de Granada, 1996.
- CATALÁN, Diego, *Siete siglos de romancero (historia y poesía)*, Madrid, Gredos, 1969.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Francisco Rico *et alii*, Barcelona, Crítica, 1998.
- CURTIUS, Ernst Robert, *European Literature and the Latin Middle Ages*, trad. de Willard R. Trask, Princeton, Princeton University Press, 1990.
- DURÁN, Agustín, ed., *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, vol. I, Madrid, Rivadeneyra, 1849.
- EUGERCIOS ARRIERO, José Luis, «Sobre el romancero morisco en la *Flor de Huesca* (1589): porcentajes y anotaciones», *Hipogrifo*, 6, 2018, págs. 621-637.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española, 2014.

- GENETTE, Gerard, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, trad. Celia Fernández Prieto, Madrid, Taurus, 1989.
- GERBER, Clea, *La genealogía en cuestión: cuerpos, textos y reproducción en el Quijote de Cervantes*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2018.
- , «Magias parciales de Cervantes: Garcilaso contra Avellaneda», en *Admiración del mundo. Actas selectas del XIV Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. de Adrián J. Sáez, Venezia, Università Ca' Foscari Venezia, 2021, págs. 37-57.
- GÓMEZ CANSECO, Luis, ed., Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, 2014.
- JOLY, Monique, «Historias de locos», *RILCE*, 2, 1986, págs. 177-184.
- LASO DE LA VEGA, Gabriel, *Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega*, Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1587.
- MARTÍN INIESTA, Bautista, «Los romances fronterizos. Crónica poética de la Reconquista Granadina», *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 7, 2003, s. p., en línea.
- MARTÍNEZ TORRES, Cristina Rosario, «Ocurrió en la Vega de Granada. Hernán Pérez del Pulgar y el triunfo del Avemaría en los pliegos de Ginebra», en *De los cantares de gesta a los cantares de ciego*, ed. de Constance Carta y Abraham Madroñal, New York, Idea, 2022, págs. 181-204.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
- , *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí)*, vol. II, Madrid, Espasa Calpe, 1953.
- MOORE, Jerome Aaron, *The Romancero in the Chronicle Legend Plays of Lope de Vega*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1940.

- PÉREZ DE HITTA, Ginés, *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, Zaragoza, Miguel Jimeno Sánchez / Angelo Tabano, 1595.
- PÉREZ LÓPEZ, José Luis, «Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: de Liñán de Riaza a Lope de Vega», *Lemir*, 9, 2005.
- , *Pedro Liñán de Riaza y el Quijote de Avellaneda, una escritura en colaboración*, Toledo, Almud, 2022.
- PULGAR, Hernando del, *Claros varones de Castilla*, ed. de J. Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1954.
- RODRÍGUEZ, Lucas, *Romancero historiado*, ed. de Antonio Rodríguez-Moñino, Madrid, Castalia, 1967.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, Alfredo, «El *entremés de los romances*, atribuido a Cervantes. Edición modernizada e introducción de Alfredo Rodríguez López-Vázquez», *DIGILEC: Revista Internacional de Lenguas y Culturas*, 3, 2016, págs. 92-106.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio, ed., Lucas Rodríguez, *Romancero historiado*, Madrid, Castalia, 1967.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, «Del *Quijote* al *Persiles: rota Virgilio, fortitudo et sapientia* y la trayectoria literaria de Cervantes», *RILCE*, 27, 2011, págs. 477-500.
- , ed., Lope de Vega Carpio, *Romances de juventud*, Madrid, Cátedra, 2015.
- , *Leyenda Negra. La batalla sobre la imagen de España en tiempos de Lope de Vega*, Madrid, Cátedra, 2016.
- SÁNCHEZ PORTERO, Antonio, «El “toledano” Pedro Liñán de Riaza —candidato a sustituir a Avellaneda— es aragonés, de Calatayud», *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 11, 2007, págs. 61-78.

- , «Diversos nombres utilizados por Liñán de Riaza en sus poemas se encuentran en el *Quijote* de Avellaneda», *Tonos Digital: Revista de Estudios Filológicos*, 19, 2010.
- VEGA CARPIO, Lope de, *El cerco de Santa Fe*, ed. de Delmiro Antas, en *Comedias de Lope de Vega. Parte I*, Lérida, Milenio-Universitat Autònoma de Barcelona, 1997, 3 vols., I, págs. 459-557.
- , *Los hechos de Garcilaso de la Vega y el moro Tarfe*, ed. de Marcelino Menéndez Pelayo, *Obras de Lope de Vega. XI*, Madrid, Real Academia Española, 1900, págs. 207-228.
- , *Romances de juventud*, ed. de Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra, 2015.